

# BARÓMETRO INTERNACIONAL

VICTORINO PÉREZ,  
*de la Redacción de "Excélsior"*

## *Masa sin levadura*

Ha transcurrido más de un año desde que el Presidente Kennedy propuso la Alianza para el Progreso, que ha despertado en la América Latina cierta esperanza, mucho escepticismo y no poca hostilidad. Algunos hasta sostienen que la Alianza está haciendo más mal que bien, por haber despertado esperanzas irrealizables.

Al decir de un industrial mexicano entrevistado por William M. Ryan, analista de la AP que ahora recorre la América Latina en busca de indicios que le ayuden a valorar los problemas y las perspectivas del programa,

el concepto de la Alianza fue muy atrevido, pero su ejecución ha sido tímida, burocrática, lenta y derrotista... Las ideas expresadas por el Presidente Kennedy cuando anunció la Alianza fueron revolucionarias, pero vemos sólo las antiguas técnicas estacionarias, los mismos viejos planes... El programa necesita imaginación y valor, en forma urgente. Hasta ahora, está muy lejos de ajustarse a su concepción.

Su Coordinador, Teodoro Moscoso, opina que la Alianza debe ser

la base para un amplio resurgimiento de las naciones americanas, en un movimiento que será como una revolución silenciosa.

Siete meses después de haber empezado a funcionar, la Alianza parece adolecer de un defecto que la aparta y la acerca, al mismo tiempo, del ideal enunciado por Moscoso: no es suficientemente revolucionaria y se desarrolla en forma demasiado silenciosa.

El mismo Kennedy parece tener algunas dudas acerca del éxito de la Alianza. A raíz de que el Senado modificó, suavizándola, la cláusula del proyecto de ley de ayuda al exterior que prohíbe el otorgamiento de dicha ayuda a cualquier país dominado por el comunismo, el Presidente dijo que le preocupaba el progreso de su programa hemisférico, aunque se apresuró a añadir, a manera de consuelo:

No nos hallamos ante una situación tan estable como la de Europa. . . pero estamos avanzando.

Kennedy trazó los planes de la Alianza partiendo de tres suposiciones generales: que Iberoamérica robustecerá sus instituciones democráticas; que se ayudará a sí misma con reformas tan elementales como la agraria y la fiscal; y que depurará sus sistemas administrativos, de suerte que puedan emplear con eficacia la ayuda que reciban y los recursos adicionales que creen.

Parece haber general acuerdo en que el desarrollo económico y social que señala la Alianza para el Progreso puede lograrse sólo dentro de la estructura de instituciones libres y siempre que produzca fe, entusiasmo y hasta apasionamiento, que son las condiciones esenciales de todo movimiento revolucionario sostenido y próspero.

Según la Carta de Punta del Este, firmada el 5 de agosto de 1961, el programa de inversiones públicas y privadas por 20,000 millones de dólares se desarrollará en un término de diez años, con capitales provenientes de los Estados Unidos, Europa y Asia. Esa carta compromete a los países participantes a llevar a cabo reformas sociales y económicas, como requisito para obtener la ayuda necesaria para su desarrollo.

Los Estados Unidos pueden suministrar una parte considerable de la ayuda financiera y técnica. Además, los gobiernos e instituciones privadas de las naciones que van a beneficiarse pueden recurrir al Banco de Desarrollo Interamericano y a otros organismos financieros particulares y públicos de naciones industrializadas, como Alemania Occidental y el Japón.

Pero ni los promotores norteamericanos de la Alianza ni

los integrantes del grupo de "sabios", creado en la Conferencia de Punta del Este para sugerir los medios más eficaces de coordinación y realización de este programa parecen haber logrado expresar sus ideas en un idioma que llegue al corazón y a la mente de los pueblos de Iberoamérica. Falta inspirar a los gobiernos, a la industria, al comercio y a la pequeña clase pudiente de los países de América a que desempeñen con entusiasmo la parte que les corresponde en la enorme labor revolucionaria que la Alianza significa.

Si por medios publicitarios verdaderamente eficaces se lograra extender el credo que predica la Alianza, esa instigación valdría por lo menos tanto como los 20,000 millones de dólares considerados como suficientes para dar el impulso inicial al vasto programa regenerador.

La demanda de resultados inmediatos y la desorientación general acerca de los pasos verdaderamente eficaces que puedan tomarse para que la Alianza progrese la subrayó recientemente en Filadelfia, ante el Consejo de Asuntos Mundiales, el Vicepresidente del Banco Interamericano de Desarrollo, P. Craydon Upton, quien hizo notar que lo que más necesita la Alianza es el toque humano, sin el cual es imposible hacer reaccionar a los individuos y a las organizaciones de América para que ofrezcan soluciones parciales o totales de los infinitos problemas a que se enfrentan.

En términos muy semejantes se expresó el citado Coordinador de la Alianza, quien subrayó que ésta no es un plan exclusivamente norteamericano sino, como su nombre lo indica, una empresa conjunta. El esfuerzo principal debe ser realizado por las repúblicas iberoamericanas, a las que corresponde darle el empuje psicológico indispensable, mostrar la voluntad firme de triunfar y aportar todos los recursos disponibles en hombres y materiales, para convertir así en realidad sus promesas.

En Washington surgen graves dudas acerca de si vale o no la pena continuar impartiendo ayuda.

Esas dudas fueron expresadas en lenguaje sardónico, y hasta airado, por algunos miembros del Congreso norteamericano, al solicitar el Presidente Kennedy que se autorizara

una partida de 3.000 millones de dólares para los próximos cinco años del programa hemisférico. Se subrayó entonces que los 1.000 millones de dólares suministrados desde marzo de 1961 no parecen haber estado acompañados en los países iberoamericanos de un esfuerzo propio equiparable al monto de esa ayuda.

Kennedy replicó a esas críticas diciendo que se necesita paciencia y comprensión, "para dar al niño recién nacido la ocasión de que se robustezca".

Quéjense los legisladores norteamericanos de que muy poco se ha hecho que sirva para aclarar la situación incierta de algunos países que más ayuda han recibido hasta ahora.

Sus quejas no son completamente infundadas. Basta un vistazo al Continente para comprender que en él no privan las condiciones ideales para la ejecución de un proyecto que requiere estabilidad.

Brasil, que no acaba de salir de su prolongada crisis política, económica y social, se esfuerza ahora por implantar medidas que sirvan para estabilizar su economía y para detener la inflación, que desde hace más de una década ha estado minando su energía. Sin embargo, la expropiación de los bienes de algunas empresas norteamericanas por gobiernos locales del Brasil no contribuye precisamente a facilitar el tan necesario flujo de dólares de los inversionistas particulares. En el campo de la reforma agraria, apenas se ha llegado a un anteproyecto, que estudia el Congreso. Pero el país, integrado por 21 Estados soberanos, requiere 21 reformas agrarias distintas, algunas de ellas que se adapten al nordeste, que es una región de frecuentes sequías, otras a los campos cafetaleros de São Paulo y Paraná, otras a las llanuras ganaderas de Matto Grosso y, por último, otras que correspondan a las selvas amazónicas.

Sería mucho esperar que en siete meses que lleva funcionando la Alianza, Brasil hubiera podido resolver teóricamente el problema agrario. Aun así, necesitaría encontrar los recursos y los conocimientos técnicos necesarios para distribuir mejor a su población y ayudarla a cultivar con provecho las tierras que le entregara.

Por otra parte, Brasil se enfrenta a importantísimas elecciones de miembros del Congreso, el próximo mes de octubre. A menos que el gobierno de Joao Goulart encuentre los medios políticos de frenar la presente agitación social, existe el peligro de una victoria izquierdista que impida en esa inmensa nación la ejecución de los programas fijados por la Alianza.

En la Argentina, donde el problema de la reforma agraria prácticamente no existe, ya que es un país riquísimo en tierras fértiles, existen otros mucho más graves, como son la bancarrota económica, la desaparición de la democracia y el peligro de que el país vuelva a caer en manos de los peronistas, o de una dictadura militar, tan nefasta como el peronismo. Desde el derrocamiento del Presidente Frondizi y el establecimiento de un gobierno encabezado por José María Guido y dirigido por los jefes del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, han quedado suprimidas prácticamente todas las libertades cívicas. Por decreto presidencial, el Congreso ha entrado en "receso", para impedir así que ocupen sus cargos los diputados peronistas que resultaron elegidos en las últimas elecciones. También ordenaron los militares, a través de Guido, la disolución de todos los partidos políticos.

En Perú se discute desde hace un par de años un proyecto de reforma agraria, pero a nada concreto se ha llegado. También en ese país es inminente el peligro del establecimiento de una dictadura militar, si en las elecciones del 11 de junio triunfa Víctor Raúl Haya de la Torre, candidato del APRA, y los militares desconocen su victoria. Los otros dos candidatos importantes son una incógnita, en lo que atañe a la Alianza: Fernando Belaúnde Terry, del Partido de Acción Popular, ha declarado que no quiere ninguna ayuda que proceda del exterior; y el ex dictador Manuel Odría, aunque se ha comprometido a continuar la política exterior del Presidente Prado, posiblemente no pueda cumplir esa promesa, ya que su partido está fuertemente influido por los comunistas.

En Colombia la victoria electoral de Guillermo León Valencia, candidato de los partidos Liberal y Conservador, los dos que verdaderamente cuentan, representa un medio eficaz de cicatrizar las heridas dejadas en ese país por catorce

años de guerra política. Significa asimismo la continuación del programa del Presidente Alberto Lleras Camargo de desarrollo económico y reforma agraria. Valencia es anticomunista declarado y ferviente partidario de la Alianza. Pero sus críticos afirman que sobresale más como soñador que como administrador.

Venezuela ha avanzado mucho en sus programas de reforma agraria y de alojamientos baratos, pero, como lo demuestran las frecuentes revueltas instigadas por los castristas y apoyadas por los militares, el gobierno de Betancourt se encuentra constantemente expuesto a la desaparición violenta.

Chile, que no ha reformado su sistema semifudal de tenencia de tierras, ni sus anticuadas leyes fiscales, se encuentra ahora dividido entre la extrema izquierda, que constantemente gana terreno, como que sus miembros ocupan ya en el Congreso 52 de las 192 curules, y la extrema derecha, formada por el Partido Conservador del Presidente Alessandri, muy reacio a colaborar con éste en su programa de austeridad.

Bolivia hizo extensos repartos de tierras en 1953, los que distaron mucho de constituir una verdadera reforma agraria, ya que para ello se necesitaría que los campesinos recibieran ayuda económica amplia y bastante para cultivar bien sus nuevas posesiones.

En Guatemala, la reforma agraria de 1954 es prácticamente teórica y en cuanto a la reforma fiscal, el gobierno del general Ydígoras no ha considerado necesario dar siquiera los primeros pasos para efectuarla.

El Salvador, antiguo "reino de las 40 familias", está realizando ahora muy necesarias reformas sociales y económicas. No puede decirse lo mismo de Honduras y Nicaragua, que trazan planes irrealizables o no realizan los planes que trazan. Costa Rica tiene ahora un gobierno progresista, que lleva al cabo algunas reformas.

La República Dominicana, liberada de la dictadura trujillista, trata de resolver el tremendo problema de 400,000 des-

empleados, en tanto que se enfrenta a las constantes embestidas del castrismo y del neo-trujillismo.

Independientemente de lo que se diga en pro o en contra de la Alianza para el Progreso, existen en Iberoamérica factores ineludibles, que hacen muy difícil su transformación, en un plazo fijo, y con el apoyo de una suma determinada, en espejo de los Estados Unidos o de los países de Europa Occidental. En la América Latina obsérvanse características muy semejantes a las que privan en muchos países, viejos y nuevos, de Asia y África: industria débil, tecnología atrasada, producción casi exclusiva de materias primas, ingresos personales reducidísimos, capacidad administrativa limitada, aumento rápido de la población, concentración de la riqueza y de los privilegios en grupos muy reducidos y tradicionalmente indolentes, carencia de propósitos comunes, insignificancia internacional (salvo como miembros de un bloque) odio al moribundo colonialismo, horror y desaprobación de los experimentos nucleares, desconfianza hacia el inversionista extranjero, y tendencia a confiar en la panacea de los demagogos.

Pero asimismo es evidente que ya sea a través de la Alianza para el Progreso, o por cualquier otro medio constructivo, Iberoamérica necesita salir del estancamiento social y económico en que se encuentra. La solución podrá hallarse quizá en una Unión Económica Americana, semejante, aunque no idéntica, a la Unión Económica Europea, que tan buenos resultados ha producido, con la perspectiva de llegar posteriormente a una unión política americana. Pero para alcanzar siquiera la primera etapa formadora de esa unión, hará falta un despertar como la Alianza para el Progreso no parece haber producido aún. Esos grandes despertares son a veces espontáneos. Otras veces los causa un devastador sacudimiento. Esto último es lo que desean evitar, pero sin mover un dedo, y lo que otros tratan de provocar, aunque en ello les vaya la vida.

*Rompiendo y atando*

Para sorpresa de muchos, inclusive de sus propios partidarios, el general De Gaulle ha asestado mortales golpes a la Organización del Ejército Secreto, que hace sólo unos cuantos meses parecía formidable.

En la historia de Francia obsérvase que las medidas revolucionarias han provocado siempre medidas antirrevolucionarias. La decisión de conceder su independencia a Argelia es sin duda un paso provocador de reacciones estremeedoras.

No es inútil hacer brevísimo resumen del movimiento separatista de Argelia, que está a punto de culminar en la creación de un nuevo país.

El 1º de noviembre de 1954, el Frente de Liberación Nacional (FLN) inició su insurrección militar contra el dominio francés.

El 21 de abril de 1956 los nacionalistas musulmanes moderados, encabezados por Ferhat Abbas, se unieron al FLN.

El 9 de enero de 1957 el FLN rechazó la oferta de elecciones libres en Argelia, hecha por el entonces Primer Ministro Guy Mollet, siempre que antes se concertara una tregua.

El 13 de mayo de 1958, una junta militar encabezada por el general Salan y apoyada por los colonos, se apoderó del gobierno de Argelia y demandó el nombramiento del general De Gaulle como Primer Ministro de Francia. El 1º de junio, De Gaulle asumió el poder y obtuvo facultades para gobernar por decreto durante seis años, reformar la Constitución y poner fin a la guerra de Argelia, de la manera como lo considerara mejor.

El 8 de enero de 1959, provisto de amplísimas facultades, De Gaulle asumió la presidencia de la Quinta República Francesa. El 18 de septiembre, el FLN formó el Gobierno Provisional Argelino, encabezado por Ferhat Abbas.

El 24 de enero de 1960, se amotinaron los europeos de Argelia, que consideraban que De Gaulle había hecho demasiadas concesiones a los rebeldes musulmanes. El ejército francés esperó cinco días antes de sofocar los motines. El 4

de diciembre, De Gaulle indicó que aceptaría la independencia argelina, al mencionar por primera vez a la "República Argelina".

El 8 de enero de 1961, la política seguida por De Gaulle en Argelia obtuvo el apoyo de la mayoría del pueblo francés, que votó en un referéndum efectuado en Francia y en Argelia. Sin embargo, la cuarta parte de los electores de Francia y el 43 por ciento de los de Argelia se abstuvieron de dar su voto. El 15 de marzo, el gobierno de París renunció a su demanda de que las negociaciones con el gobierno provisional argelino se limitaran a las concertación de una tregua. El día 27 del mismo mes los gobiernos francés y argelino convinieron en iniciar negociaciones formales. El 22 de abril algunos elementos del ejército regular francés acantonados en Argelia y toda la Legión Extranjera se sublevaron en un esfuerzo por impedir las inminentes pláticas de paz. El 25 de abril la rebelión de los generales fracasó, al llegar a Argel tropas leales, procedentes de Francia. El general Salan, uno de los jefes de los facciosos, huyó para organizar poco después la Organización del Ejército Secreto (OES), grupo terrorista dedicado a la imposición del dominio francés en Argelia. El 20 de mayo se iniciaron negociaciones formales entre el gobierno de París y el gobierno provisional argelino, pero esas pláticas no tardaron en romperse. El 20 de julio se reanudaron, pero quedaron estancadas, al llegar al difícilísimo punto de la soberanía sobre el Sahara. Cesaron las negociaciones formales de 28 de julio, aunque continuaron las pláticas secretas.

El 3 de enero de 1962 perecieron en Argel 41 personas en encuentros entre los musulmanes y las turbas encabezadas por agitadores de la OES. Esa matanza señaló el principio del terror sin freno. El 2 de febrero, el gobierno francés y los rebeldes argelinos anunciaron que preparaban un comunicado conjunto en el que se anunciaría la terminación de la guerra. Entre tanto, las principales ciudades de Argelia se hallaban prácticamente dominadas por la OES.

A principios de abril, el ex general Edmond Joahaud, traicionado por sus propios "comandos", cayó en una red

tendida en torno suyo, en Orán. Fue llevado inmediatamente a París, juzgado por un tribunal especial y condenado a muerte. Algunas semanas después el jefe supremo de la OES también fue atrapado, cuando se disponía a pasar un fin de semana con su esposa, en una vivienda de Argel.

Durante su enjuiciamiento, Salan aceptó toda la responsabilidad por su rebelión armada contra el gobierno y por más de 400 asesinatos comprobados, cometidos por la OES. Ante el tribunal, Salan había lanzado el cargo de que en el año de 1958, cuando era comandante militar en Argelia y encabezó la revuelta del ejército en favor de De Gaulle y contra la Cuarta República, estaba preparado para dirigir una operación militar en Francia metropolitana y marchar sobre París, lo que no hizo por órdenes de De Gaulle mismo. Por algún motivo oscuro, los abogados de Salan abandonaron repentinamente ese aspecto de su defensa. Afirmase que el tribunal le perdonó la vida como pago de su silencio. El veredicto fue tachado de "escandaloso" por los sindicatos obreros y "Le Monde" lo describió como

un juicio que a nada llevó, como culminación de una guerra que tampoco llevó a nada.

Habrá de transcurrir mucho tiempo antes que se sepa a ciencia cierta por qué fue tan indulgente con Salan el tribunal especial que lo juzgó. De Gaulle se apresuró a disolverlo, después de exclamar:

Ya no existe el Estado. No existe ya la democracia. Esto no puede continuar así.

Si hubo clemencia en el caso de Salan, necesitará haberla en el de Jouhaud. Aunque fueron fusilados otros dos miembros de la OES, los asesinos del Comisionado de Policía de Argel, quienes compartían con Jouhaud la celda de los condenados a muerte, éste parece tener probabilidades de que De Gaulle le perdone la vida.

Las esperanzas de que los terroristas de la OES hubieran comprendido al fin que estaban perdidos se desvanecieron al cabo de cinco días de tregua, al anunciar los nuevos amos

musulmanes del país que rechazaban toda negociación con el ejército secreto. En una transmisión pirata hecha por la onda sonora de la televisión de Argel, la OES comunicó su decisión de reanudar sus depredaciones a partir del 5 de junio.

Pero el terrorismo perdió ya su ímpetu. Los europeos de Argel están cansados. Empiezan a comprender el significado de los acuerdos de Evians. Tienen miedo y prefieren permanecer impassibles, o huir, antes de vivir indefinidamente la pesadilla de los últimos meses. Esa actitud de los colonos coloca a la OES en un callejón sin salida. El éxodo de los europeos le priva del último alimento que podría nutrirla y le condena a asfixiarse en el reducidísimo espacio de algunos barrios de Argel y de Orán.

La reanudación del terrorismo viene también acompañada de una profunda escisión dentro de la OES. Al parecer, quienes decidieron la tregua fueron los del grupo de Argel, que preconiza la "Argelia Argelina" y que limita sus aspiraciones a obtener concesiones de los futuros gobernantes del país. Esa facción de la OES, que opera en Argel, la encabezan los civiles Sussini y Pérez, quienes se han proclamado jefes de los "pies negros de Argel". El grupo intransigente de la OES, con sede en Orán, está mandado por el ex general Gardy, quien con el apoyo de los coroneles desertores de la Legión Extranjera, espera demostrar al Ejecutivo Provisional y al FLN que todavía puede inclinar la balanza en favor de una Argelia Francesa, por medio de sus bárbaras tácticas de "tierra quemada". El grupo de Gardy, que se hace llamar "Mando Superior de la OES," desconoce toda transacción a la que pudiera llegar el "Alto Mando" de Argel, con el "enemigo". Éste incluye al pueblo de Francia, al gobierno del general De Gaulle, al ejército francés, a los colonos que huyen o que asumen una actitud pasiva, al FLN, a nueve millones de argelinos musulmanes y a la opinión pública mundial. Así pues, la situación de Gardy y del puñado de fanáticos que aún lo siguen es más desesperada que la de los presidiarios que destruyen cuanto encuentran en su prisión, pero que no logran obligar al alcaide que les abra las rejas.

Jouhaud dobló ya las manos al exhortar desde su celda a la OES a suspender inmediatamente su campaña de terrorismo. También en Argel, Jean Georges Saradet, ex jefe de los comandos locales, abogó por la reconciliación con los musulmanes, cuando dijo:

Hemos perdido la batalla. No tenemos derecho a arrastrar a la comunidad europea a una catástrofe.

Rogó Saradet a sus compañeros terroristas que pusieran fin a su sangrienta insensatez y a los musulmanes nacionalistas que les concedieran una amnistía general.

Es curioso que los métodos terroristas empleados por los hombres de Salan son la inversa de los que tan buenos resultados dieron a los comunistas de Indochina durante la campaña que culminó en la expulsión de los franceses en esa península.

Salan y sus lugartenientes conocían muy bien esos métodos, pues durante varios años trataron inútilmente de combatirlos.

A Salan le hubiera agradado llevar su guerra de exterminio hasta Francia misma. Fracasó, no obstante que tenía el apoyo de algunas figuras políticas importantes, como Soustelle y Bidault. Fracasó porque no pudo obtener el apoyo del pueblo francés, que comprendió que la solución propuesta por De Gaulle era el menor de los males inevitables. En Francia, la OES tropezó siempre con desventajas insuperables. La policía conocía muy bien a aquellos que pertenecían a los grupos terroristas y a los que, por su ideología, se prestaban a ser reclutados. Durante los últimos años, las autoridades francesas habían formado una lista de cerca de 40,000 posibles extremistas de derecha. De ese número, sólo alrededor de 500 se hallaban clasificados como psicológicamente capaces de dedicarse a colocar bombas de plástico en las puertas de las casas o de arrojarlas contra "traidores a la causa", enemigos de ella o funcionarios públicos.

Bastó la aplicación de medidas enérgicas, como la detención en masa de sospechosos y la multiplicación de la vigi-

lancia policíaca, para que se redujera a casi nada el terrorismo en Francia metropolitana.

La OES perdió la única oportunidad que quizá tuvo de convertirse en fuerza verdaderamente importante que impidiera durante unos cuantos años más la consumación de la independencia argelina, inmediatamente después de la firma de los acuerdos Evians. Entonces, por lo menos el 90 por ciento de los europeos de Argelia apoyaban en forma activa o pasiva a la OES, lo que permitía a los hombres de Salan llevar a cabo sus fechorías casi impunemente.

Entre los miembros de la OES figuran chauvinistas desacreditados, criminales ordinarios y soñadores frustrados. Esos hombres pueden asesinar a gente inocente, lanzar granadas en cafés, cinematógrafos y hospitales, volar oleoductos y tramar contra la vida de De Gaulle, pero no pueden ganarse el apoyo de la inmensa mayoría de los franceses. La OES llama "comandos" a sus asesinos y "guerra revolucionaria" a sus actividades criminales, pero no obstante su audacia y su empleo de términos tomados de los comunistas chinos, carece de un programa que señale una meta alcanzable, y tiene su mirada fija en un pasado que en vano trata de resucitar.

Se están desmoronando las bases que le quedaban al Ejército Secreto en las ciudades de Argel y Orán. En Argel, la población europea empieza a comprender que los brutales procedimientos de la OES son contraproducentes, ya que sólo logran impedir el desarrollo de las actividades mercantiles que, después de todo, son las que constituyen la vida de los colonos europeos. En Orán, la situación es un poco distinta. Ahí la población europea es más numerosa que la musulmana, pero ya se han librado sangrientas batallas y en ninguna de ellas los derechistas han sacado, a la postre, la mejor parte. Cuando la OES pierda definitivamente su base de operaciones en Orán, sus miembros tendrán que dispersarse o rendirse. Ya lo escribió Mao, de quien la OES deriva sus principales enseñanzas:

La guerra de guerrillas no puede sostenerse durante mucho tiempo y desarrollarse sin una base firme.



El Ejército Secreto perdió la iniciativa desde que Salan y Jouhaud fueron capturados. También está perdiendo la moral, como la perdería cualquier grupo al comprender que carece de simpatía general.

La OES ha aplicado al revés el consejo de Mao:

Engañad al enemigo, haced que se descuide y, después, atacad inesperadamente.

Salan engañó a sus propias fuerzas y permitió que se descuidaran. Sus ataques siempre fueron esperados, y siempre consistieron en lo mismo: el asesinato. Mao aconseja "Atacad, destruid y retiraos", pero el Ejército Secreto no tiene ningún lugar al que pueda retirarse, porque está cercado en Argel y en Orán. Trató en vano de "retirarse" a Francia misma, pero ahí encontró una resistencia que crecía en la misma proporción en que aumentaba la magnitud de sus crímenes.

Lo que Salan se proponía era detener el curso del tiempo con un puñado de hombres, sin una sola idea sensata y sin más programa de acción que el de destruir y matar. Fracaso rotundamente. La historia no se detiene. Salan está muerto, aunque el tribunal que lo juzgó le haya perdonado la vida. Lo único que logró la OES fue convertirse en el principal enemigo del pueblo francés y del pueblo de Argelia.

La violencia de los últimos siete años explica hasta cierto grado la insensibilidad de muchos jóvenes de ascendencia europea, nacidos en Argelia. Pero si se hurga un poco, se encuentra que aun entre esos exaltados predomina la tendencia a conservar comodidades y privilegios que no encajan en la vida de un rebelde. Es muy fácil hablar en los cafés de insurrección armada, pero muy difícil prescindir del pan caliente y del aperitivo. También es relativamente fácil cometer desaguizados en las calles bien conocidas de Argel o de Orán, pero nada atractivo acudir al llamado de la OES y formar grupos de guerrilleros que se internen a combatir con desventaja en las desoladas regiones de Argelia.

Al informar en *Rocher Noir* acerca de los buenos resultados de las medidas contra el terrorismo, Christian Fouchet,

Alto Comisionado de Francia en Argelia, instó directamente a la juventud europea a que mirara hacia el futuro.

En mi última conferencia de prensa —dijo— hice un llamamiento a todos, en nombre de las víctimas. Hoy me dirijo a los asesinos, o, mejor dicho, a todos aquellos que se están convirtiendo en asesinos, a los jóvenes menores de veinte años, a quienes es preciso salvar de ellos mismos. . . Muchos afirman que no hay sitio para los europeos en Argelia. . . Todos los argelinos musulmanes saben perfectamente que Argelia podrá sobrevivir, sin horribles convulsiones y sin que se produzca el caos. Argelia se desarrollará rápidamente en el mundo moderno. . . Hace quince años era un país pobre. Hoy es un país asfixiado. Dentro de diez años, cuando los jóvenes de 18 años tengan 28, será un país en pleno desarrollo. . . Los acuerdos de Evians llevan en sí la garantía de una cooperación eficaz entre Francia y Argelia y las condiciones de una coexistencia de las dos comunidades, dentro de la dignidad y la seguridad. . . Vuestro futuro está intacto.

Esa campaña de persuasión tendrá que ser lenta, pero a la postre logrará los resultados que persigue. Los está logrando ya. “Paz en Argelia para nuestros hijos” no es un lema vacío, que haya inventado algún propagandista del gobierno francés. Es un anhelo manifestado, u oculto, de los colonos. Éstos, en sus momentos de reflexión, que ahora son más frecuentes, se dan cuenta de que sus hijos, nacidos en el país, no necesitan mucha propaganda para que aprendan a coexistir con los musulmanes *de su propio país*.

Bastará que se establezca en Argelia un grupo relativamente pequeño de técnicos, educadores y hombres de negocios sin prejuicios, procedentes de Francia y de otros países, para que la comunidad de colonos que quede se limpie poco a poco de la ilusión de superioridad que la aqueja y comprenda de una vez por todas que, aunque puede contribuir mucho al progreso de la Argelia argelina, no es indispensable. Como en el caso de otros países nuevos que antes fueron colonias, los especialistas extranjeros que vayan a Argelia por primera vez podrán establecer relaciones más cordiales con la nueva nación que los antiguos colonos.

En cuanto a los nacionalistas argelinos, necesitarán evitar los errores que han cometido otras naciones nuevas que han prestado oídos a los extremistas de izquierda, quienes los incitan contra el neo-colonialismo. Para que la complicada economía de Argelia funcione bien, la colaboración de los técnicos europeos será necesaria durante mucho tiempo.

Aquellos que no quieran seguir viviendo en Argelia, tienen el recurso de emigrar a Francia durante los próximos tres años. La metrópoli, que disfruta de la prosperidad proveniente de su participación en el Mercado Común Europeo, se encuentra en condiciones de absorber por lo menos a un cuarto de millón de europeos procedentes de Argelia. Francia está en un período de rápida expansión económica y necesita más brazos. Los que regresen de Argelia no formarán una legión de desempleados. Encontrarán sin dificultades trabajo bien remunerado. Sin embargo, probablemente constituyan un elemento de extremismo político. Resentidos por lo que consideran como "traición" que les ha hecho el gobierno, al "abandonar" a Argelia francesa, los "pieds noirs" trasplantados, como se llama en Francia a los europeos de Argelia, indudablemente se unirán a los movimientos extremistas de ala derecha. Tal cosa dificultará hasta cierto grado la evolución de las instituciones políticas, en la forma como la proyecta De Gaulle. Esos movimientos derechistas tratarán de modificar y estorbar la ayuda de Francia a la nueva República Argelina.

Sin Argelia, Francia se convertirá en una nación exclusivamente europea. Eso significa que podrá aprovechar en su propio desarrollo las energías y los recursos que durante los últimos doscientos años estuvo dispersando en su vasto imperio colonial.

Su ejército íntegro volverá a la patria y desaparecerán así todas las dudas acerca de cual es su cometido: proteger una soberanía y un suelo indiscutiblemente franceses.

Se ha repetido mucho que el general De Gaulle es un anacronismo, que tiene la facultad de exasperar a los aliados de Francia, que padece de delirio de grandeza, que se cree la reencarnación de Juana de Arco, que es un nacionalista

intransigente, en una época en que el nacionalismo es virtud sólo entre los dirigentes de los pueblos nuevos. Afirmase que lleva adelante, una política más en consonancia con un soberano del siglo diecisiete que con un estadista que desee construir una nueva Francia y una nueva Europa, a mediados del siglo veinte.

Hay un fondo de verdad en todo esto, pero ese fondo no constituye toda la verdad. También es cierto que De Gaulle cree firmemente en la unidad europea. Sabe que pasó ya la época en que Francia podía soñar en el dominio del Viejo Mundo, y en ser el árbitro máximo de los destinos de Europa. A causa de su visión histórica y tal vez para mantener alta la moral francesa, mientras realiza la penosa tarea de liquidar definitivamente los dominios franceses de ultramar, De Gaulle trata también de forjar un nuevo destino para Francia y para Europa. Quiere una Europa integrada por estados soberanos, unidos en una confederación muy flexible, una Europa basada en la solidaridad franco-alemana y apoyada, como símbolo de grandeza y poderío, por una fuerza nuclear exclusivamente francesa. Anhela una Europa unida y fuerte, en lo político, lo militar y lo económico, para establecer el equilibrio ante el bloque soviético, desempeñar un papel independiente en la OTAS y, si es necesario, defenderse por sí misma.

Francia no se encuentra atada al carro de ningún otro estado. Pertenece a la Alianza del Atlántico, que es necesaria al mundo libre, pero en esa Alianza desea seguir siendo Francia, desea conservar su voluntad, su personalidad, su alma y su política.

Con estas palabras De Gaulle proclama que Francia tiene un papel muy importante que desempeñar en Europa, de la misma manera que tiene un papel muy importante que desempeñar en la OTAS.

De Gaulle no es una reliquia histórica. Podría decirse que es un hombre dotado de un sentido muy poco común y que aunque dista mucho de ser infalible, sus juicios y sus actitudes no pueden ser pasados por alto. No es un visio-

nario. Mientras se encuentre a la cabeza de la Quinta República Francesa, su interpretación del pasado y del futuro inmediato tendrá que privar en su país y ser considerada fuera de él como uno de los factores que contribuyen a determinar el rumbo de la política mundial, en la que el drama de Argelia es sólo un episodio.

El concepto degolista de la Europa futura no satisface a los demás países de Europa Continental, ni tampoco a los Estados Unidos y la Gran Bretaña, principales aliados de Francia. Tampoco satisface a un sector considerable de la opinión pública francesa.

La meta de los que atacan las aspiraciones del presidente francés es una Europa unida, que incluya a la Gran Bretaña y que cuente con el apoyo decidido de los Estados Unidos, para su defensa común. Debe ser una comunidad de cooperación mutua, fundada en la división de las labores, en la que el poderío nuclear abrumador baste para protegerla, sin necesidad de dividirlo entre varios países.

Razonan los opositores de De Gaulle que Europa necesita de los Estados Unidos, de la misma manera que los Estados Unidos necesitan de Europa y que el problema supremo no es convertir a Francia en potencia de primera fila, sino en impedir que la Unión Soviética y China Comunista realicen sus propósitos de dominación mundial.

Esos dos conceptos opuestos han creado una pugna abierta entre De Gaulle y el grupo de "europeos", encabezados por Paul Henri Spaak fuera de Francia, y dentro de ella por el alsaciano Pierre Pflimlin, quien encabeza el Movimiento Republicano Popular, de filiación católica, equivalente francés de los partidos Cristiano-demócratas de Alemania Occidental y de Italia. Pflimlin, quien durante 29 días formó parte del nuevo gabinete francés, instalado al renunciar el de Michel Debre, fue uno de los cinco ministros que renunciaron a raíz de que De Gaulle expuso su idea personal del futuro de Francia y de Europa. Los motivos de la renuncia de Pflimlin y de sus cuatro colegas los sintetizó el órgano socialista "Le Populaire" diciendo:

Cree De Gaulle que una Europa integrada sería una Europa americanizada, y por ello, que sus partidarios serían cómplices de los Estados Unidos... Los ministros que se pronunciaron en favor de una Europa supernacional tenían que escoger entre someterse abyectamente a los deseos de De Gaulle, o dimitir.

Cuando el asunto de Argelia quede definitivamente resuelto, el problema principal de la política francesa quedará reducido a una lucha entre el concepto degolista de cooperación entre estados soberanos y el ortodoxo de fomento de una integración supernacional, que signifique la eliminación progresiva de la soberanía nacional.

Otro problema más inmediato del gobierno de De Gaulle es el de las actividades de la extrema izquierda. Los comunistas, con el apoyo de los socialistas moderados, claman de diversas maneras contra el peligro inminente del fascismo en Francia. Demandan la formación de un nuevo Frente Popular. Casi todos los demás grupos de izquierda, temerosos de ser dominados por completo por los comunistas, se resisten todavía a formar un frente común, aunque prevén el momento en que todas las fuerzas izquierdistas tengan que coligarse contra De Gaulle.

En ese aspecto también fracasaron los cálculos de Salan. Éste había esperado que antes que se volviese grave la amenaza de un Frente Popular dominado por los comunistas la clase media francesa se declararía abiertamente partidaria de la OES. También creía que el ejército intervendría directamente, para evitar la formación de un Frente Popular, y que al intervenir, tendría necesariamente que reconocer a Salan como el cabecilla lógico contra el comunismo. Pero el Frente Popular es sólo una amenaza y aunque se forme no serán Salan y la OES quienes se beneficien con ello.

Los comunistas saben que no pueden formar una coalición de Frente Popular con los socialistas y liberales antes que se resuelva el asunto de Argelia. "Tenemos una cita a la que acudir en el curso de este año, señor De Gaulle. Acudiremos a ella." Tal es la amenaza del semanario izquierdista "L'Express".

Pero mientras llega esa cita, De Gaulle podrá resolver la parte esencial del problema de Argelia y rematar a la fiera acorralada. La OES está ya herida de muerte. Lanza sus últimos rugidos y descarga a ciegas sus últimos zarpazos.

### *Guerra contra fantasmas*

Lo que está ocurriendo en Laos y Vietnam del Sur forma parte de una revolución incontenible en toda Asia Sud-oriental, que se inició desde 1949, cuando Stalin vio la ocasión de extender el comunismo a esa región del mundo, aprovechando la animosidad popular hacia sus gobernantes coloniales europeos, las rivalidades entre señores feudales vecinos y la ignorancia y pobreza extremas de la inmensa mayoría de los habitantes. Hubo brotes rebeldes en Indochina, Indonesia, las Filipinas y Malaya, todos dirigidos por comunistas. Algunas rebeliones fueron sofocadas, pero otras evolucionaron hasta culminar en la formación de estados independientes.

Laos existe sólo desde 1946. Es creación de los franceses, quienes a la sazón hacían desesperados esfuerzos por reafirmar su autoridad en Indochina. En lugar de los reinos y principados en que la península estaba dividida entonces, París creó tres nuevos estados autónomos, dentro de la Unión Francesa: Vietnam, Cambodia y Laos, este último producto de la fusión de los reinos rivales de Luang Prabang y Champassak.

Nueve años después, al retirarse Francia de Indochina, tras su derrota en Dienbienfú, Laos inició su azarosa vida independiente, complicada por el hecho de que dos de sus provincias se hallaban, como siguen hallándose, bajo el dominio del Patet Laos, que dirige el príncipe comunista SufanoVong. Su medio hermano, el príncipe Suvanna Fuma, considerado como neutralista, fue elegido Primer Ministro en 1956 e inmediatamente se apresuró a comprar la colaboración de SufanoVong, al incluirlo en su gabinete. Otro príncipe, Boun Oum, apoyado por su general Fumi Nosavan,

de tendencias pro-occidentales, constituye la tercera fuerza local que lucha por el predominio en Laos.

Laos es un país sin acceso al mar, selvático, con población muy desunida, sin tradiciones militares, sin un solo ferrocarril, sin carreteras que merezcan ese nombre, sin periódicos, dedicado principalmente al cultivo del opio.

Casi tan confusa como la evolución de Laos ha sido la de Vietnam, limitado al norte por China, al este y al sur por el mar de China y al oeste por Cambodia y Laos. Está formado por los antiguos protectorados franceses de Tonkín y de Anam y de la antigua colonia francesa de Cochinchina. En 1940 lo invadieron los japoneses, quienes desde ahí lanzaron su campaña contra Malaya. Durante esa ocupación ganó mucho impulso el movimiento nacionalista, que se dividió en varios grupos encabezados por el comunista Ho-Chi-min, y conocidos como Vietnám, o Alianza de la Independencia, que expulsó en 1945 a Bao Dai, antiguo emperador de Anam, impuesto por los japoneses. Francia se opuso a las fuerzas del Vietnám. Después de costosísima guerra, reconoció a Bao Dai como jefe del estado de Vietnam, de acuerdo con un convenio firmado en 1949, que hacían de Vietnam un estado independiente, dentro de la Unión francesa. Pero la guerra contra Ho-Chi-min continuó hasta 1954, cuando los franceses abandonaron definitivamente Indochina. La tregua firmada en Ginebra en julio de 1954 dividía a Vietnam a lo largo del río Ben Hai, señalaba una zona amortiguadora, el retiro de las fuerzas francesas de Vietnam Septentrional y elecciones para determinar el futuro del país. De acuerdo con lo convenido en Ginebra, los comunistas tomaron posesión del territorio de Vietnam, al norte del paralelo 17, teniendo por capital a Hanoi y por presidente a Ho-Chi-min. En Vietnam del Sur se estableció un gobierno interino, bajo la jefatura de Ngo Din Diem, quien poco después, en octubre de 1955, proclamó la República de Vietnam del Sur, con capital en Saigón.

Desde entonces los Estados Unidos han asumido responsabilidades militares en Vietnam del Sur, para ayudar a esa república a librarse de la agresión del norte. La ayuda norte-

americana ha consistido en créditos cuantiosos y en el adiestramiento y suministro de armas y pertrechos para el ejército vietnamés. Pero esa ayuda no ha podido impedir que se infiltren en el país, procedentes de Vietnam del Norte, pequeños grupos de guerrilleros, que forman la organización conocida como Viet Cong.

Es fácil declarar la guerra al Viet Cong, pero prácticamente imposible determinar dónde se encuentra. El ejército de Vietnam Meridional es de 200 000 hombres y está asesorado por cerca de 6 000 técnicos militares norteamericanos. Sin embargo, esa fuerza armada no parece bastar para reducir a los 20 000 guerrilleros del Viet Cong. Éstos, en caso de apuro, pueden siempre internarse en Cambodia o en la parte sur de Laos y volver a la carga cuando les convenga.

La invasión del sur de Laos por parte de los guerrilleros del Viet Cong señalaría la pérdida definitiva de ese remoto reino, ya que la región norte del mismo está ya dominada por los guerrilleros comunistas del Patet Lao.

La Organización del Tratado de Asia Sudoriental (SEATO), resultado directo del retiro de los franceses de Indochina, ha demostrado varias veces que el finado Secretario de Estado John Foster Dulles se equivocó al creer que constituiría un "manto protector" de Laos, Cambodia y Vietnam y una garantía de ayuda a Occidente, si los comunistas atacaban a Pakistán, Tailandia y las Filipinas.

La Gran Bretaña y Francia siempre han escatimado su apoyo a SEATO. Arguyen que la intervención de ese organismo probablemente sería ineficaz y conduciría a una guerra extensa, en un lugar muy poco propicio para cualquier guerra. Dicen también que el envío reciente de fuerzas norteamericanas a Asia Sudoriental da un aspecto "colonial" a la lucha que ahí se libra.

Cuando se negoció en Ginebra la solución del problema internacional y se concertó una tregua entre el Patet Lao y las fuerzas leales, se estudió también el problema interno del reino, en una junta separada de los tres príncipes, quienes, con una calma exasperante, trataron de llegar a un entendimiento acerca de la manera como podían conservar

su propia posición y continuar persiguiéndose entre sí y persiguiendo al mismo tiempo sus propios fines. Salieron los príncipes de Ginebra públicamente convencidos de que un gobierno provisional de coalición, que asegurara el equilibrio político de Laos, era lo más indicado. Pero esa coalición y ese equilibrio siguen siendo simples teorías. Los tres príncipes laosianos se han vuelto a reunir, esta vez en su país, para tratar una vez más de crear un Laos "neutral e independiente". Suvanna Fuma, el neutralista y Boun Oum, el pro-occidental, como siempre, expresan gran optimismo. Más cauto, o quizá más apegado a la realidad, el príncipe rojo, Sufano Vong, guarda silencio. No aspira a compartir. Prefiere eliminar.

Quizá por no poder encontrar otra solución mejor, los Estados Unidos siguen dispuestos a considerar que un acuerdo entre los príncipes bastaría para asegurar el establecimiento de un gobierno no comunista en el reino. Esa creencia se basa en el espíritu pacífico de la inmensa mayoría del pueblo laosiano, y principalmente en la impopularidad del Patet Lao.

Si, como está ocurriendo, el ejército leal laosiano es expulsado poco a poco del valle del río Mekong, en la frontera de Tailandia, Laos se perderá definitivamente, ya que los comunistas dominarán una faja fronteriza de más de 500 kilómetros y tendrán abierto el camino hacia Cambodia y la frontera occidental de Vietnam. El río Mekong es corredor que lleva a los tres estados independientes de Indochina que aún quedan —Tailandia, Cambodia y Vietnam del Sur— y el triángulo que forma ese río con Luan Prabang y Vientiane es la clave de cualesquiera operaciones militares, ya se trate de la conquista general de la península o de su defensa.

Mientras la situación militar favorezca a los guerrilleros comunistas, éstos probablemente continuarán la ofensiva. Están asesorados por los chinos y éstos han aprovechado siempre todas las oportunidades tácticas que se les han ofrecido. Atacaron en Corea, porque tuvieron ocasión de hacerlo. Ahora, atacan en Laos porque calculan que los guerri-

llos están próximos a dominar en la región en que operan y porque no encuentran una resistencia eficaz.

Los Estados Unidos han establecido líneas muy firmes de resistencia en Tailandia y Vietnam Meridional, con fuertes contingentes de infantes de Marina, y han indicado claramente al bloque rojo que cualquier nuevo avance comunista en Asia Sudoriental será resistido con hombres y equipo norteamericanos. También Washington empieza a comprender que su intervención en Laos y en Vietnam constituye una operación militar indivisible y que la política propugnada por Averrel Harriman, Subsecretario de Estado encargado de los Asuntos del Lejano Oriente, de pactar con los comunistas de Laos y combatir con los de Vietnam, es sencillamente una imposibilidad.